

# Introducción

Otto Penzler

El de intriga internacional es uno de los géneros literarios de mayor éxito en todo el mundo, y sus principales exponentes se han convertido en nombres muy conocidos, en la medida en que el nivel de fama de un escritor pueda competir con el de un artista, una figura del deporte o un delincuente de talla internacional. Ian Fleming, John le Carré, Graham Greene, Lee Child, Nelson DeMille, Frederick Forsyth, Robert Ludlum, Ken Follet y Eric Ambler, entre muchos otros, son nombres con los que están familiarizados los lectores de todo el mundo. Y a casi nadie le sorprenderá saber que durante muchos años una de cada cuatro novelas vendidas en Estados Unidos entraba de lleno en la categoría de aventura internacional o espionaje.

Lo que sí puede ser sorprendente, cuando no rotundamente indignarte, es que hasta el momento presente nunca haya habido una recopilación de relatos originales dedicada a este género tan respetado y difícil. Ha habido, eso sí, un reducido número de antologías individuales de autores dedicados en gran medida a lo que solía denominarse relatos de intriga y misterio. *Sólo para tus ojos*, de Fleming recogía cinco aventuras de James Bond; *Cobra Trap* de Peter O'Donnell reunía cuentos de Modesty Blaise; E. Phillips Oppenheim, el tremendamente popular escritor de intriga que desarrolló una prolífica obra en el período de entreguerras (y también antes) sacó a la luz un sinfín de recopilaciones. Existen unos cuantos libros más, la mayoría poco conocidos, y bastantes antologías variadas de

escritores como Greene, Ambler, John Buchan, H. C. McNeile y Forsyth, en las que un reducido número de relatos de espías aparecen rodeados de otro tipo de obras de ficción.

El número de autores importantes de este género tan vasto que ni siquiera han escrito jamás un solo relato breve forman legión. Ludlum jamás escribió uno, ni tampoco Dan Brown, Tom Clancy, Follert, Alan Furst, Robert Littell, Daniel Silva, W. E. B. Griffin, Thomas Glifford o Trevanian.

Las escasas antologías dedicadas a los relatos de espías e intriga son todas reediciones de recopilaciones que se dan de tortas por el derecho a reeditar el relato corto del espía solitario de Le Carré y varios cuentos conocidos, junto con algunas narraciones crípticas (aunque a menudo muy buenas). La excelente antología de Alan Furst, *The Book of Spies*, está dedicada a extractos de novelas.

Uno podría preguntarse, y sería razonable hacerlo, acerca del porqué de la persistencia de esta escasez de relatos cortos salidos de la pluma de autores que por lo demás suelen ser prolíficos, y la explicación es sencilla: los relatos cortos ambientados en el complejo mundo del espionaje y la aventura internacional son muy, pero que muy difíciles de escribir. Ya habrán reparado en que un número desproporcionado de novelas pertenecientes a dicha categoría son libros extensos y voluminosos, y aunque rara vez resultan una lectura pausada, no obstante son más largos que la mayoría de las novelas. La creación de los personajes y los lugares, el desarrollo de unas tramas que complican otras tramas que a su vez se insertan en otras más, la planificación de la villanía y la doblez de una manera verosímil que encaje en las alianzas y traiciones políticas del momento, todo ello exige sutileza y explicaciones... y un montón de páginas. Intentar contener todos estos elementos dispares, aunque necesarios en un relato de veinte o treinta páginas es un reto que pocos pueden conseguir. Lo que a menudo cautiva al lector de esta narrativa apremiante no es el desenlace de la disputa, la que quiera que haya sido ésta. Sabemos que la Segunda Guerra Mundial estallará; sabemos que De Gaulle no será asesinado; sabemos que Hitler no será eliminado por unos oficiales alemanes. Lo

que resulta tremendamente cautivador es contemplar a los personajes principales debatiéndose con los compromisos morales a los que están obligados a través del miedo o el conformismo.

Todos los relatos que están a punto de leer versan, en mayor o menor grado, sobre estas cuestiones. Algunos adoptan una teología básica sobre el bien y el mal, del propio país contra el estado enemigo, mientras que otros asumen la posición filosófica de gran parte de la narrativa de espionaje contemporánea, llena de ambigüedad y relativismo. El traidor a un país es el héroe de otro; el que para una organización es un canalla mentiroso y deshonesto, es considerado una figura incondicional de destreza y valor por otra. En estas páginas está representado un amplio espectro de ideologías filosóficas y políticas, aunque rara vez son palpables o evidentes. La única cualidad que los contribuyentes a esta antología única comparten es la habilidad para contar una historia compleja de una manera sencilla. En una ocasión se le preguntó a Eric Ambler cuál consideraba él que era el elemento más difícil en la creación de la clase de novelas que escribía, y dijo: «La sencillez». El señor Ambler, creo, habría dado sus bendiciones a los relatos aquí reunidos por estos distinguidos autores, un auténtico quién es quién de los escritores de intriga más reconocidos de la actualidad, además de los más leídos.

En un tiempo relativamente breve, Lee Child se ha consolidado como uno de los escritores de intriga más vendidos del mundo. Sus novelas sobre Jack Reacher, el gigantesco y poderoso hombre que se comporta temeraria y heroicamente, alcanzan una y otra vez el número uno de la lista de éxitos de *The New York Times*, y gozan de idéntico éxito en Gran Bretaña.

Dan Fesperman ha desarrollado una distinguida carrera como periodista que le ha llevado a cubrir acontecimientos en treinta países, empezando con la primera Guerra del Golfo en 1991. La Crime Writers' Association británica designó a *Lie in the Dark* como mejor primera novela de 1999, y *The Small Boat of Great Sorrows* como mejor novela de intriga de 2003; *USA Today* eligió como mejor novela de intriga de 2006 a *The Prisoner of Guantanamo*.

La primera elección profesional de Joseph Finder fue la de espía, e incluso fue reclutado por la CIA, aunque no tardó mucho en descubrir que la vida en el mundo de la burocracia no era tan excitante como la retrataban en la ficción. Su primera novela, *The Moscow Club*, fue designada como una de las mejores novelas de espionaje de todos los tiempos por *Publishers Weekly*. «Vecinos» es su primer relato corto.

Una de la media docena de las más famosas novelas de espionaje de todos los tiempos es *Los seis días del Condor*, de James Grady, llevada al cine con gran éxito como *Los tres días del Condor*, con Robert Redford. Su trabajo como periodista de investigación para el columnista independiente Jack Anderson y el senador Lee Metcalf le proporcionó los antecedentes que hacen tan verosímil su relato.

Como uno de los críticos cinematográficos más reputados de Norteamérica, Stephen Hunter ganó un Premio Pulitzer en 2003, pero es aún más conocido por sus exitosas y enrevesadas novelas de intriga, sobre todo las que versan sobre el machista francotirador, veterano de Vietnam, Bob Lee Swagger, conocido como «El remachador». La primera novela de Swagger, *Punto de impacto*, fue llevada al cine en 2007 con el título de *Shooter (El tirador)*, protagonizada por Mark Wahlberg.

El controvertido Andrew Klavan escribe *blogs* y artículos de opinión a un ritmo prodigioso, pero es en la ficción policíaca, en particular con novelas como *Don't Say a Word (Ni una palabra)*, llevada luego al cine con Michael Douglas en el papel estelar, y *True Crime (Ejecución inminente)*, dirigida y protagonizada por Clint Eastwood, la que lo ha situado en lo más alto de las listas de éxitos de todo el mundo. Su primera obra de intriga políticamente incorrecta fue *Empire of Lies*.

Aunque el inspector jefe Troy de John Lawton trabaja para Scotland Yard, casi siempre se ve envuelto en alguna intriga internacional. Su primer caso, *Black Out*, ganó el WHSmith Fresh Talent Award. *A Little White Death* fue libro del año 2007 de *New York Times*. «Los 50 autores policíacos que tienes que leer antes de morir»

te», de *Daily Telegraph*, incluía a Lawton, uno de los seis únicos escritores ingleses vivos de la lista.

Miembro de la Asociación Norteamericana de Agentes de Inteligencia, Gayle Lynds es cofundadora (junto con David Morrell) de International Thriller Writers. Entre sus éxitos de ventas, se cuentan *Masquerade*, considerada una de las diez mejores novelas de espías de todos los tiempos por *Publishers Weekly*; *Mosaic*, elegida como novela de intriga del año por *Romantic Times*; y tres libros de la serie Covert-One, en colaboración con Robert Ludlum.

Después de servir como agente infiltrado de la CIA durante una década, Charles McCarry pasó a escribir discursos para la administración de Eisenhower antes de convertirse en editor de *National Geographic*. A menudo ha sido descrito como el más importante escritor norteamericano de ficción de espionaje, autor de obras maestras tan poéticas como *The Tears of Autumn*, *The Secret Lovers* y *The Last Supper*, todas ellas protagonizadas por su héroe, Paul Christopher.

Aunque ha publicado más de treinta libros, si David Morrell hubiera dejado de escribir después de su primera novela, su legado habría quedado igualmente asegurado. En *First Blood* presentó a Rambo, que tanto en los libros como en las películas de Sylvester Stallone se ha convertido en uno de los héroes de aventuras norteamericanos de culto. Morrell también escribió *The Brotherhood of the Rose*, que sirvió de base para que la NBC realizara la que se convertiría en la miniserie más vista de la historia.

Después de más de tres décadas prestando servicio en las tres ramas del Servicio Secreto británico (MI5) —contraespionaje, anti-subversión y antiterrorismo—, Stella Rimington fue nombrada directora general de la agencia, la primera mujer en desempeñar tal cargo y en el que se mantuvo de 1992 a 1996; fue nombrada Dama Comandante de la Orden de Bath (DCB) el año de su jubilación. Tras jubilarse, escribió unas sinceras memorias, *Open Secret*, a las que siguieron cinco novelas de espionaje.

La primera novela de Olen Steinhauer, *The Bridge of Sighs*, fue el comienzo de una serie de intriga compuesta de cinco libros que

constituyeron una crónica de Europa oriental durante la Guerra Fría a lo largo de una década, hasta la caída del comunismo. La obra fue nominada para cinco premios, incluido el Edgar Mystery Award, al igual que su cuarto libro, *Liberation Movements*. Los derechos para el cine de *The Tourist*, su primera novela no incluida en una serie, fueron adquiridos por George Clooney, que tiene planeado protagonizar la película.

Uno de los escasos autores que han figurado en la lista de éxitos de *New York Times* como escritor de ficción y ensayista, John Weisman, fue coautor de *Rogue Warrior*, la historia, basada en la vida real, de la unidad antiterrorista de élite de los SEALs de la Armada norteamericana y de su comandante, que se mantuvo en la lista durante ocho meses, y cuatro semanas en el primer puesto. Cinco secuelas lograron figurar en la lista. Sus libros han sido dos veces el tema de los episodios de Mike Wallace en *60 minutos*.

La neutralidad de Portugal durante la Segunda Guerra Mundial es el telón de fondo de *A Small Death in Lisbon*, de Robert Wilson, que ganó la Daga de Oro de la Asociación [Británica] de Escritores de Novelas Policíacas a la mejor novela de 1999, y de su novela de suspense de espías *The Company of Strangers*. Fue nominado para otra Daga de Oro por la primera de sus cuatro novelas de Javier Falcón ambientadas en España, *The Blind Man of Seville*.

El único encargo hecho a los contribuyentes de esta colección única fue engañosamente franco y sencillo: escribe un relato de suspense o espionaje internacional y ambientalo en el lugar del mundo y en la época que quieras. Ningún tema fue prohibido, ninguna extensión prefijada, ninguna postura política proscrita, ninguna doctrina impuesta ni rechazada. La amplitud de estilos y enfoques contenidos en este libro es una muestra de que los hombres y mujeres que trabajaron diligentemente en estos relatos y crearon unos cuentos tan magistrales aceptaron la invitación con el ánimo adecuado.

# El extremo de la cuerda

**Charles McCarry**

La primera vez que reparé en el hombre al que llamaré Benjamin fue en el bar del hotel Independence de Ndala. Estaba sentado solo, bebiendo una naranjada sin hielo. Era alto y corpulento, con bíceps nudosos y manos enormes. Su camisa blanca de manga corta y los pantalones caqui estaban tan limpios y almidonados como un uniforme. En lugar del habitual Omega o Rolex tercermundista, llevaba un barato reloj de plástico japonés en la muñeca derecha. Ni anillos ni oro ni gafas de sol. No reconocí los tatuajes tribales de sus mejillas. No hablaba con nadie, no miraba a nadie. Por lo que concernía al resto de clientes, podría haber sido invisible. Nadie hablaba con él ni le ofrecía una copa ni le hacía preguntas. Parecía preparado para saltar de su taburete y matar a cualquiera sin previo aviso.

Era la única persona en el bar a la que todavía no conocía de vista. En aquellos días, hace más de medio siglo, cuando un norteamericano era un bicho raro en toda la costa de Guinea, llegabas a conocer a todo el mundo del bar de tu hotel con bastante rapidez. Yo estaba de pie en el bar, dándole la espalda a Benjamin, aunque podía verlo por el espejo. Me estaba observando. Supuse que estaba reuniendo información, más que calibrándome para robarme o algún otro propósito oscuro.

Llamé al barman, puse un billete de diez chelines sobre la barra y le pedí que me preparara un *pink gin* con Beefeater de verdad. Se rió alegremente, metiéndose el dinero en el bolsillo, y se puso a agi-

tar la angostura y la ginebra en el vaso mezclador. Cuando volví a mirar al espejo, Benjamin se había ido. Cómo un hombre de su tamaño pudo levantarse e irse sin reflejarse en el espejo es algo que no sé, pero lo consiguió de alguna manera. No lo aparté de mis pensamientos, era demasiado digno de recordar para eso, pero tampoco me detuve demasiado en el episodio. Sin embargo, no me pude librar de la sensación de que había sido sometido al escrutinio de un profesional. Para un agente secreto con una tapadera permanente, eso es siempre una experiencia incómoda, sobre todo si tienes la sensación, como la tuve entonces, de que el hombre que te está echando el ojo es un profesional que está haciendo un trabajo que ya ha realizado antes muchas veces.

Yo había ido a Ndala para entrevistarme con un agente. Éste no había acudido a las dos primeras reuniones, pero no hay nada de raro en eso, incluso si no estás en África. Al tercer intento apareció cerca de la hora convenida en el lugar convenido: a las dos de la madrugada en una calle sin pavimentar en la que cientos de personas, todas profundamente dormidas, estaban tumbadas unas junto a otras. Era una noche sin luna. Ninguna luz eléctrica, farol o una vela siquiera alumbraba en al menos kilómetro y medio en ninguna dirección. Yo no podía ver a los durmientes, aunque podía sentir su presencia y oírlos inspirar y espirar. El agente, miembro de parlamento, no tenía nada que contarme, aparte de los habituales cotilleos insustanciales. De todas formas le entregué su dinero, cuya recepción firmó con la huella del pulgar junto a la luz de mi linterna de bolsillo. Al alejarme, le oí rasgar el sobre y contar los billetes en la oscuridad.

No había llegado muy lejos cuando un coche apareció por una esquina de la calle con los faros encendidos. Los durmientes se despertaron y se fueron incorporando de golpe uno tras otro como en una coreografía de Busby Berkeley. El miembro del parlamento había desaparecido. Sin duda se había limitado a tumbarse con los demás, y dos de los ojos desorbitados y una de las anchas sonrisas que vi ir disminuyendo en la oscuridad le pertenecían.

El coche se detuvo. Seguí caminando hacia él, y cuando llegué a



su lado, el conductor, que era un agente de policía, se apeó de un salto e hizo refulgir una linterna en mi cara.

—Amo, por favor, entre —dijo.

Los ingleses sólo se habían ido de aquel país hacía poco, y los lugareños seguían dirigiéndose a los hombres blancos por el tratamiento preferido de sus antiguos gobernantes coloniales. La vieja etiqueta sobrevivía en inglés, francés y portugués en la mayoría de los treinta y dos países africanos que habían conseguido la independencia en un período de dos años y medio..., menos tiempo que el que tardó Stanley en encontrar a Livingstone.

—¿Entrar? ¿Para qué? —pregunté.

Mi salvador iba impecablemente vestido con la indumentaria tropical británica: gorra azul de servicio, guayabera con galones de sargento en las hombreras, voluminosos pantalones cortos de color caquí, calcetines azules de lana hasta la rodilla, relucientes zapatos de cordones y correa negra. La porra que colgaba de su cinturón parecía ser la única arma que llevaba. Me metí en el asiento trasero. El sargento se puso detrás del volante y, utilizando el retrovisor en lugar de mirar por encima del hombro, retrocedió marcha atrás por la calle a una velocidad escalofriante. Sin apartar la mirada del parabrisas, esperé a que se estrellara contra los durmientes de un momento a otro. Éstos no dieron muestras de preocupación, y cuando la luz de los faros los recorrió por encima, se fueron tumbando uno tras otro con la misma precisa coordinación que antes.

El sargento condujo a toda velocidad por callejuelas que en su gran mayoría eran otros dormitorios al aire libre. Nuestro destino resultó ser el Equator Club, el club nocturno más famoso de Ndala. La construcción en cuestión no era más que un zona vallada abierta al cielo. Dentro, una banda tocaba *highlife* —una especie de calipso estruendoso— de forma tan ruidosa que tenías la impresión de que la música se hacía visible mientras ascendía hacia la noche negra como el azabache.

La música se hizo aún más ruidosa. El aire estaba a la tempera-

tura de la sangre. El olor del sudor y la cerveza derramada era fuerte y penetrante. Unos cirios parpadeantes producían un sucedáneo de luz. Las siluetas bailaban en el suelo de tierra apisonada y los cigarrillos brillaban. La sensación era algo parecido a estar siendo digerido por un tiranosaurio rex.

Benjamin, de nuevo solo, estaba sentado en otra mesa pequeña. Volvía a estar bebiendo una naranjada. También llevaba uniforme. Aunque de una tela de mejor calidad, era una réplica del uniforme del sargento, excepto que él iba equipado con un bastón de mando en lugar de una porra y la placa de su hombrera mostraba los laureles, los bastones cruzados y la corona de un comisario jefe. Según parecía, Benjamin era el jefe de la policía nacional. Me hizo un gesto de bienvenida. Me senté. Un camarero colocó un *pink gin* con hielo delante de mí con tal eficiencia, e iba vestido con tanta pulcritud, que supuse que él también era un policía, aunque de incógnito. Levanté el vaso hacia Benjamin y le di un sorbo a mi bebida.

—¿Es usted marino? —preguntó Benjamin.

—No —contesté—. ¿Por qué lo pregunta?

—El *pink gin* es la bebida tradicional de la marina británica.

—¿No es el ron?

—El ron es para la tripulación.

Tuve dificultades para reprimir una sonrisa burlona. Nuestro cruce de palabras se parecía tanto a un código de reconocimiento de los usados por los espías que me pregunté si no era eso lo que realmente era. ¿Se había equivocado Benjamin de norteamericano? No parecía el tipo que cometiera un error tan elemental. Me miró despectivamente —incluso sentado me sacaba como poco una cabeza— y dijo:

—Bienvenido a mi país, señor Brown. Llevo algún tiempo esperando a que viniera aquí de nuevo, porque creo que usted y yo podemos trabajar juntos.

Brown era uno de los nombres que había utilizado en mis anteriores visitas a Ndala, aunque no era el que aparecía en el pasaporte

que estaba utilizando en esa ocasión. Hizo una pausa y estudió mi cara; la suya no mostró la más mínima expresión.

Sin mayor preámbulo, añadió:

—Tengo en mente un proyecto que requiere el apoyo de los Estados Unidos de Norteamérica.

La dramaturgia de la situación sugería que mi siguiente frase debía ser: «¿En serio?» o «¿Cómo es eso?» Sin embargo, no dije nada, esperando que Benjamin llenara el silencio.

Para ser sincero, yo estaba perplejo. ¿Se estaba presentando voluntario para algo? La mayoría de los agentes reclutados por cualquier servicio de inteligencia son voluntarios, y el agente de inteligencia medio es una especie de Marcel Proust de los tiempos modernos; suele estar tumbado en la cama, en una habitación forrada de corcho, esperando beneficiarse de los secretos que otras personas deslizan por debajo de su puerta. La gente entra sencillamente en la habitación y, por cualquier motivo, por lo general algún mezcquino resentimiento por haber sido relegado en algún ascenso o cosa parecida, se ofrece a traicionar a su país. También era posible, por insólito que pudiera parecer, que Benjamin esperase reclutarme.

Sus ojos se clavaron en los míos. Él estaba de espaldas a la pared, yo se la daba a la pista de baile. Detrás de mí podía sentir aunque no ver a los bailarines, que se movían como un solo organismo; a través de la suela de los zapatos percibía la vibración causada por centenares de pies que pisoteaban al unísono el suelo de tierra. A la luz amarilla de las velas pude ver con más detalle la cara de Benjamin.

Pasaron muchos segundos antes de que él rompiera el silencio.

—¿Qué opinión le merece el presidente de este país?

De nuevo volví a tomarme mi tiempo para responder. El problema con aquella conversación era que en ningún momento supe lo que tenía que decir a continuación.

Finalmente, dije:

—El presidente Ga y yo nunca nos hemos visto.

—Sin embargo, ha de tener alguna opinión.

Y por supuesto que la tenía. Como la tenían todos los que leían

los periódicos. Akokwu Ga, presidente vitalicio de Ndala, era un hombre de apetitos desmedidos. Gozaba de su puesto y de las muchas oportunidades que éste proporcionaba para el placer con un entusiasmo que resultaba excepcional incluso para los estándares habituales de los dictadores. Tenía una bañera y un cabezal de cama de oro macizo; tenía un zoológico privado; se decía que a veces sentía el impulso irrefrenable de alimentar a los leones con sus enemigos. Había depositado decenas de millones de dólares del tesoro nacional en cuentas numeradas de bancos suizos a su nombre.

Su comida y la de sus invitados era enviada en avión todos los días desde un restaurante de París calificado con tres estrellas por la Guía Michelin. Un chef francés calentaba la comida y la disponía en los platos, y un mayordomo inglés la servía; se daba por supuesto que ambos eran agentes secretos empleados por sus respectivos gobiernos. Ga tenía un nidito de amor en cada uno de los barrios de la capital; aquellos lechos eran ocupados por mujeres de todo el mundo. Las que más le gustaban recibían lujosas mansiones antaño ocupadas por europeos y se les proporcionaban coches alemanes, champán francés y criados (en realidad, policías de incógnito) que no les quitaban ojo de encima.

—Hable —me conminó Benjamin.

—Sinceramente, comisario jefe —repuse—, esta conversación me está poniendo nervioso.

—¿Por qué? Nadie puede colocarnos un micrófono oculto. Con este ruido.

Y qué razón tenía. Nos estábamos gritando para poder oírnos por encima del barullo. La música hacía que me zumbaran los oídos, y ningún micrófono entonces conocido podría atravesarla.

—No obstante, preferiría discutir esto en privado. Los dos a solas.

—¿Y cómo sabrá entonces que no le he puesto un micrófono oculto? ¿O que alguien más no nos está escuchando a los dos?

—No lo sabré. Pero ¿importaría?

Benjamin me examinó durante un buen rato, y entonces dijo:

—No, no importaría. Porque soy yo el que estará diciendo las cosas peligrosas.

Se levantó, aunque «desenrolló» sería más preciso. Al instante el sargento que me había llevado allí y otros tres agentes de paisano surgieron de las sombras. Todos los demás estaban bailando, con los ojos cerrados, aparentemente en otro mundo y otro tiempo. Benjamin se puso la gorra y cogió su bastón.

—Mañana pasaré a buscarle —dijo.

Diciendo eso, desapareció, dejándome sin medio de transporte. Al final encontré un taxi que me llevó de vuelta al hotel. El taxista estaba tan espabilado, y tenía el taxi tan pulcro, que dí por sentado que también debía de ser uno de los hombres de Benjamin.

El mozo que me llevó la jarra de té a las seis de la mañana también me entregó una nota de Benjamin. La caligrafía era preciosa; la nota, breve y concisa: «A las nueve, en la puerta principal».

Tras el cristal de la puerta delantera del hotel, el panorama exterior de la calle era digno de Goya: leprosos y amputados, víctimas de la polio, la viruela o la psoriasis, y entre los niños mendigos, unos cuantos ejemplares mutilados por los padres, que necesitaban los ingresos que un niño lisiado podía llevar a casa. Un turista llegó en un taxi y esparció un puñado de calderilla para dispersar a los mendigos mientras salía disparado hacia la entrada. A todas luces un novato. El viajero experimentado de África sólo repartía dinero después de pagar la factura del hotel; hacerlo a la llegada te garantizaba ser sobado por los leprosos cada vez que entraras o salieras. Un joven especialmente guapo y risueño que había perdido los dedos de las manos y de los pies por la lepra cogía las monedas con la boca.

A la hora convenida exacta, *¿seguía estando en Africa?*, el sargento de Benjamin se detuvo en su reluciente Austin negro. Gritó una orden en una de las lenguas locales, y una vez más la multitud se apartó. Me cogió de la mano con la cordialidad africana y me condujo hasta el coche.

Nos dirigimos al norte, fuera de la ciudad, haciendo sonar la metálica bocina a cada giro de volante; de lo contrario, me explicó el

sargento, los peatones supondrían que el conductor estaba intentando matarlos. A la luz del día, cuando todo el mundo estaba despierto e iba de aquí para allá en lugar de estar durmiendo en el borde del camino, Ndala parecía la obertura de *Un americano en París*. Después de un recorrido espeluznante en el que dejamos atrás los flamantes edificios gubernamentales y los bancos del centro, recorrimos ruidosas calles flanqueadas de tiendas y llenas del humo de las parrillas de los vendedores ambulantes. Cruzamos laberínticos barrios de chozas bajas hechas de trozos de madera, hojalata y cartones, y llegamos por fin al África propiamente dicha, una planicie de tierra oxidada calcinada por el sol, salpicada aquí y allá por arbustos raquíuticos, que corría de un horizonte a otro. Al cabo de un kilómetro y medio o así de vacío, nos encontramos con un policía sentado en una moto aparcada. El sargento detuvo el coche, se apeó y, dejando el motor en marcha y la puerta delantera abierta, abrió la de atrás para dejarme salir. Me entregó un mapa, se cuadró, y después de golpear el pie derecho contra el polvo, me hizo un tembloroso y británico saludo militar con la mano. Luego subió a la motocicleta detrás del motorista, que aceleró sin moverse, derrapó para cambiar de sentido y se dirigió de nuevo hacia la ciudad seguido de un remolino de polvo rojo.

Me metí en el Austin y empecé a conducir. La carretera pronto se convirtió en un camino sin pavimentar cuyo polvo ocre se arremolinaba en oleadas y se pegaba al coche como la nieve, lo que hacía necesario poner los limpiaparabrisas. Era imposible conducir con las ventanillas bajadas. La temperatura dentro del vehículo cerrado (el aire acondicionado era algo futurista) no sería inferior a los treinta y ocho grados centígrados. Con las manos resbaladizas por el sudor, seguí las indicaciones del mapa, y después de doblar a la derecha en lo que parecía ser un impenetrable soto de calotropis, me desvié por un sendero que con el tiempo se abrió a un claro donde se levantaba un pequeño poblado. Otro coche, un polvoriento Rover negro, estaba aparcado delante de una de las chozas cónicas de adobe. Aquel lugar estaba desierto. La hierba había cubierto las veredas. No había ninguna señal de vida.

Aparqué al lado del otro coche y me metí en la choza de adobe. Benjamin, solo como siempre, estaba sentado dentro. Iba vestido con el traje nacional: el vestido blanco tipo toga inventado por los misioneros del siglo XIX para vestir a los nativos en provecho de las hilaturas inglesas. Iba descalzo. Parecía estar sumido en sus pensamientos y no me dirigió ninguna palabra o gesto de saludo. Un revólver Webley calibre 455 descansaba a su lado sobre el suelo de tierra apisonada. La luz era escasa, y como quiera que había entrado al interior en penumbra desde el intenso sol del exterior, tardé algún tiempo en poder verle la cara lo bastante bien como para estar absolutamente seguro de que el silencioso indígena que tenía ante mí, era realmente el comisario jefe con quien había compartido una agradable hora la noche previa en el Equator Club. En cuanto al revólver, todavía no me puedo explicar por qué confié en que aquel ceñudo gigantón no me dispararía, pero el caso es que lo hice.

—¿Es un lugar de reunión suficientemente íntimo? —preguntó Benjamin.

—Es perfecto —respondí—. Pero ¿adónde se ha ido toda la gente?

—A Ndala, hace mucho tiempo.

Por todo África había poblados abandonados como aquél, cuyos habitantes habían hecho el petate y se habían largado a la ciudad en busca de dinero y emociones y de la nueva vida de oportunidades que prometía la independencia. Casi todos dormían entonces en las calles.

—Como le dije anoche —prosiguió Benjamin—, estoy pensando en hacer algo que es necesario para el futuro de este país, y me gustaría contar con el aliento de Estados Unidos.

—Ha de ser algo impresionante si necesita el aliento de Washington.

—Lo es. Planeo destituir al Gobierno actual de este país y sustituirlo por uno nuevo libremente elegido.

—Eso es impresionante. ¿Y a qué se refiere exactamente con lo del «aliento»?

—A la voluntad de mantenerse al margen, de no hacer tonterías y, a posteriori, de prestar su ayuda.

—¿A posteriori? ¿Antes, no?

—Antes es un problema local.

Las posibilidades de que ese a posteriori pudiera ser un problema gordo para Benjamin eran, como poco, del cincuenta por ciento. El presidente Ga tenía un instinto de supervivencia muy desarrollado. Otros, incluido su propio hermano, ya habían intentado derrocarlo. Ahora estaban todos muertos.

—Lo primero de todo, le recomiendo que olvide esa idea. Y si no puede, entonces debería hablar con alguien de la embajada norteamericana. Estoy seguro de que ya conoce a la persona adecuada.

—Prefiero hablar con usted.

—¿Por qué? ¿No soy miembro del Ministerio de Alientos?

—Aunque es eso exactamente lo que es, señor Brown. Es famoso por eso. Se puede confiar en usted. Y ese hombre de la embajada norteamericana al que llama «la persona adecuada» es, de hecho, un idiota. Es un rendido admirador del presidente vitalicio Ga, con el que colabora estrechamente. No se puede confiar en él.

Me disponía a responder a aquella majadería, pero Benjamin me interrumpió con un gesto de la mano.

—Por favor, nada de declaraciones de inocencia. Tengo todas las pruebas que necesitaría sobre sus buenas obras en mi país, si es que llegara a necesitarlas alguna vez.

Aquello me hizo parpadear. A buen seguro que tenía un interesante expediente sobre mí. Yo había hecho una buena cantidad de travesuras en aquel país, aun antes de la salida de los británicos, y por lo que sabía su galanteo no era más que una farsa. Era muy posible que estuviera intentando tenderme una trampa.

—Me siento halagado. Pero no creo que fuera un buen ayudante en este asunto en concreto —repuse.

Una especie de ceño cruzó la frente de Benjamin. Lo había enfadado. Y puesto que estábamos en medio de ninguna parte y era él el que tenía el revólver, aquello no era una buena señal.



—No necesito ningún ayudante —protestó Benjamin—. Lo que necesito es un testigo. Un observador cualificado en cuya palabra confíen las altas instancias de Estados Unidos. Alguien que pueda contarle a las personas adecuadas de Washington lo que he hecho, cómo lo he hecho y, por encima de todo, que lo he hecho por el bien de mi país.

No se me ocurrió nada que decir que no hiciera aquella conversación aún más incómoda de lo que ya era.

Benjamin me espetó:

—Veo que no confía en mí.

Cogió el revólver y lo amartilló. El Webley es una antigualla de tiempos de la Guerra de los Bóeres. Era el arma corta reglamentaria de los oficiales británicos. Es grande y feo, aunque también efectivo, y lo bastante potente para matar a un elefante. Benjamin me miró intensamente a los ojos durante un rato, y al cabo, sujetando el arma por el cañón, me la entregó.

—Si cree que no soy sincero con usted, dispáreme.

Era un milagro que el revólver no se hubiera disparado ya, sujetándolo amartillado con la despreocupación que lo hacía. Le quité el arma de la mano, bajé el percutor, abrí el tambor y sacudí el revólver para extraer los cartuchos. No eran de fogueo. Lo volví a cargar y le devolví el arma a Benjamin. Limpió las huellas dactilares, las mías, con los faldones de su túnica y lo volvió a colocar en el suelo.

En la jerga del espionaje, el reclutamiento de un agente recibe el nombre de seducción. Al igual que en una seducción real, y suponiendo que las cosas van a ir bien, llega un momento en que la resistencia se convierte en aliento. Habíamos llegado al momento en que era necesaria una palabra de aliento.

—¿Cuál es exactamente el plan? —pregunté.

—Cuando atentas contra un príncipe —dijo Benjamin—, has de matarlo.

Completamente cierto. No me sorprendió que hubiera leído a Maquiavelo. Llegados a ese punto, no me habría sorprendido si se hubiera puesto a hablar en sánscrito con fluidez. A pesar de todo el

cuento con el Webley, seguía sin confiar en él, y probablemente no lo hiciera nunca, pero estaba haciendo el trabajo para el que se me pagaba, así que decidí seguir presionando con el asunto.

—Ése es un excelente principio —dije—, pero es un principio, no un plan.

—Se hará todo lo apropiado —dijo Benjamin—. La emisora de radio y los periódicos serán confiscados, el ejército colaborará, se cerrará el aeropuerto y se impondrá el toque de queda.

—No se olvide de cercar el palacio presidencial.

—Eso no será necesario.

—¿Por qué?

—Porque el presidente no estará en el palacio —contestó Benjamin.

De repente, se estaba poniendo críptico, y la verdad, a mí me encantó que lo hiciera, porque lo que estaba proponiendo con semejante claridad me había metido el miedo en el cuerpo. Igual que la expresión de su cara, tan apacible como la de un Buda.

Se puso de pie. Con su uniforme británico me había parecido impresionante, aunque algo incómodo; con su vestido, su aspecto era sencillamente majestuoso, un César negro con una túnica blanca.

—Ahora ya sabe lo suficiente para pensárselo —dijo—. Hágalo, por favor. Hablaremos un poco más antes de que coja su avión.

Se agachó para salir de la choza y se alejó en su coche. Esperé algunos minutos, al cabo de los cuales también salí. Una gran mamba negra estaba tumbada al sol delante de mi coche. Se me heló la sangre en las venas. Aquella mamba medía entre tres metros y medio y cuatro de largo. Esta especie es la más rápida de las serpientes conocidas, capaz de recorrer, reptando, veinticuatro kilómetros en una hora; más deprisa de lo que la mayoría de los hombres puede correr. Y aún es más rápida atacando. Por lo general, su veneno matará a un hombre adulto en unos quince minutos. Confiando en que aquélla no estuviera totalmente despierta, entré en el coche y encendí el motor. La serpiente se movió, aunque no se alejó. Podría haberle pasado por encima sin ningún problema, pero al final opté por dar mar-

cha atrás y rodearla. En la zona, aquella serpiente estaba considerada un augurio de mala suerte, y yo no andaba buscando más desgracias de las que ya tenía en el plato.

Aquella noche, después de la cena, pasé una hora de más en el bar del hotel. Noté el alcohol después de subir a mi habitación y de meterme en la cama, y casi inmediatamente me sumí en un profundo sueño. El coñac acarrea malos sueños, y estaba en medio de uno cuando el chasquido del pestillo me despertó. Durante un instante pensé que debía ser el mozo, que me traía el té de la mañana, y me pregunté adónde se había ido la noche. Pero cuando abrí los ojos, afuera seguía estando oscuro. La puerta se abrió y se cerró; no se filtró ninguna luz, lo que significaba que el intruso había apagado las mortecinas bombillas del pasillo. En ese momento estaba dentro de la habitación. No podía verlo, aunque sí olerlo: jabón, comida especiada, betún. *¿Betún?* Me levanté subrepticamente de la cama, llevando las almohadas y la colcha conmigo, con las que hice una pelota, como si aquello fuera a ayudarme a defenderme del intruso que creía a punto de atacarme con un machete en la oscuridad.

A oscuras, el tipo corrió las cortinas de la ventana; un instante después las luces se encendieron.

—Lamento molestarlo —dijo Benjamin.

Llevaba puesto su impecable uniforme, con el bastón de mando metido debajo del brazo izquierdo, la gorra en la cabeza, las insignias, los zapatos y el correaje relucientes. El reloj marcaba las 4.23; era un viejo despertador de cuerda con dos campanas en la parte superior. Marcó los segundos ruidosamente mientras yo esperaba a estar seguro de que podía confiar en mi voz para contestar. Estaba desnudo, y me sentí un poco idiota sujetando en los brazos un fardo de ropa de cama, aunque al menos eso me permitía mantener el recato.

Por fin, dije:

—Creí que ya habíamos tenido nuestra conversación del día.

Benjamin ignoró mi imitación de Bogart.

—Hay algo que quiero que vea —anunció—. Vístase de inme-

diato, por favor. —Benjamín nunca olvidaba un por favor o un gracias; al igual que su caligrafía, los buenos modales victorianos parecían haber sido grabados en su alma en el colegio de los misioneros.

En cuanto me hube atado los zapatos, Benjamín se dirigió a las escaleras traseras. Se desplazaba a un paso veloz. En la calle nos esperaba un Rover sedán negro con el motor en marcha. El sargento se cuadró a su lado. Abrió la puerta trasera cuando Benjamín y yo nos acercamos y, tras un fugaz instante cediéndonos cortés y recíprocamente el paso, subimos al coche.

Cuando el vehículo se puso en movimiento, Benjamín se volvió hacia mí y dijo:

—Usted parece querer darle al presidente Ga el beneficio de la duda. Dentro de un rato verá algunas cosas con sus propios ojos, y luego podrá decidir qué es lo que cristianamente hay que hacer.

Seguía siendo de noche. Es normal que en las latitudes ecuatoriales no haya un prolongado y colorista amanecer; el sol, enorme y blanco, se materializa sin más en el horizonte y el día empieza. En la oscuridad, los miserables de Ndala seguían durmiendo en hileras a ambos lados de las calles, aunque la luz de los faros del coche iluminaron a pequeños grupos de gente en movimiento.

—Mendigos —anunció Benjamín—. Van a buscarse la vida. —Los mendigos cojeaban o se arrastraban; los que no podían moverse en absoluto eran transportados por otros—. Se ayudan entre sí —añadió.

Se dirigió entonces al sargento en un dialecto tribal. El sargento enfocó un reflector sobre un hombre grande que transportaba a un leproso que había perdido los pies. El leproso miró por encima del hombro de su amigo y sonrió. El hombretón siguió caminando hacia delante como si no fuera consciente del foco.

—¿Se da cuenta? —prosiguió Benjamín—. Un ciego carga a un tullido, y éste le dirá adónde ir. Mire bien, señor Brown. Es una visión que jamás volverá a ver en Ndala.

—¿Por qué no?

—Ya lo verá.